

Alone

La Libertad

EN la clase anterior habíamos hablado de la voluntad. Creo que mis alumnas entendieron poco; pero cierto estado de confusión mental no disgusta a las mujeres, sobre todo cuando les permite la ilusión de creer que están pensando; y me pidieron que les explicara cómo se avenía ese concepto mecánico de la facultad de decisión con la existencia del libre albedrío. Les contesté que no se avenía de ninguna manera, porque, a mi juicio, el libre albedrío no existía. Acostumbrada a escandalizarse, la sala no protestó como era de esperarlo en un auditorio católico. Insistieron en que les diera explicaciones.

—Tendría que exponer las causas por qué no creo en el libre arbitrio—repliqué.

No se asustaron.

Y entonces les dije:

—La cuestión del libre albedrío es muy grave, pero aparece todavía más grave de lo que es, porque se hace descansar en ella nada menos que toda la moral. Se cree que, abolida la libertad, desaparecen el bien y el mal, se esfuma la responsabilidad, no hay derecho a recibir premios ni imponer castigos y el Código Penal cae por su base. Yo considero todo eso un error.

Vean Uds.

Las ideas, como los hombres, tienen su nacimiento, su desarrollo, su lucha, su tragedia y su muerte. A veces, también,

hay que agregar que resucitan; pero su segunda vida dura menos. El origen de la idea de libertad «se pierde en la noche de los tiempos». Entiendo que nació con la primera mirada del hombre sobre el mundo. Los salvajes, los niños y los ignorantes la conservan íntegra. Pero no se apresuren Uds. a ofenderse: me refiero a la idea de la libertad universal, la de las aguas, los vientos y todos los fenómenos naturales. El hombre primitivo, que no ha tenido tiempo de observar la continua encadenación de los hechos, toma cada uno aislado y lo considera independiente, es decir, libre. ¿Encuentran Uds. necesario definir en qué consiste la libertad?

Hubo entre las oyentes un completo silencio.

Proseguí:

—No complicaremos la explicación. Daremos por sentado que es libre lo que no depende de una causa o condición, lo que se mueve solo, por decisión espontánea, lo que no encuentra obstáculos anteriores, laterales ni superiores. En fin, Uds. saben.

Ellas asintieron.

—A medida que la cultura avanza, se observa que el viento, el agua, el calor, el frío, la puesta y la salida del sol tienen cierto ritmo, se desarrollan en determinadas condiciones, obedecen a una regularidad oculta. Y surge la idea de «ley». A nosotros nos parece muy simple, porque la recibimos hecha; pero ha tardado miles y millares de años en formarse y todavía no está madura. La idea de ley es la inteligencia del mundo, es el orden del universo cuya visión va penetrando en el cerebro humano lo mismo que la luz en un valle, al amanecer. Hay porciones enormes de la humanidad en las cuales aún no ha amanecido y que adoran al sol y oyen en el viento y en las aguas voces de un dios. Ligada a los afectos y enredada en la fantasía, esa idea de la libertad permanece en los cantos de los poetas y en el corazón de los niños y del pueblo. Las personas que han recibido cierta educación, y aún una educación avanzada, tampoco se desprenden totalmente de ella. No creen en la libertad de las cosas materiales; la sombra se ha retirado a sus ojos a dominios más secretos, está en parajes menos

accesibles. Fué la astronomía la primera ciencia que reveló la regularidad matemática de las leyes universales, la que creó en el cerebro de algunos sabios la noción del determinismo cósmico. Se sospechó vagamente que, como los astros y los planetas, nuestros pensamientos se movían en órbitas fijadas por la atracción y la repulsión. ¡Cuánto tiempo y cuánto estudio fué menester para llegar de esa intuición al conocimiento positivo de la actualidad! Empiecen a contar desde antes de Grecia hasta mediados del siglo XIX, cuando se iniciaron las estadísticas modernas y, con ellas, pudo haber sociología racional. La estadística es una gran determinista. Muestra la regularidad de los fenómenos sociales y hace tocar con el dedo cómo varían, cómo vienen y se van, cómo, en fin, están sometidos, inflexiblemente, a leyes. Tal condición aumenta los matrimonios, tal otra los disminuye, un ligero cambio de temperatura y aparecen estos signos, un aumento de lluvias y desaparecen esos otros. El Director de Estadística, cifras y rayas en mano, ve moverse el conglomerado social, que es sólo una persona grande, lo mismo que un mecanismo de relojería. Y una vez que lo ha visto, su creencia en la libertad del hombre por lo menos vacila.

Ahora si de la sociología pasamos a la biología, es decir, al estudio de esta sociedad de células, de este sistema planetario de átomos que es el cuerpo humano, la misma línea de razonamiento prosigue inflexiblemente. Todo se encadena, todo está condicionado, subordinado, sometido, nada sucede al azar y, si no podemos preverlo todo, es porque no lo conocemos todo, Uds. me perdonarán que no entre en detalles técnicos sobre la influencia del atavismo, de la época, el momento y el medio, sobre cómo tales sentimientos resultan casi necesariamente de tal educación, y si no resultan es porque se opone el clima, y si el clima no vence, es porque está detrás la constitución atávica... ¡Sería un curso interminable y sumamente árido! Les entrebro la puerta para que divisen.

Y voy al fondo. Para mí, el argumento esencial, único y decisivo en contra de la libertad, de la interior y la exterior,

de todas las libertades, del concepto mismo, abstracto, de libertad, no debe buscarse en otra parte que en la ley fundamental de causa y efecto. Es el punto de partida de todos los sistemas. No hay efecto sin causa. Y a su vez, la causa procede de otra causa. Los seres, las cosas y sus relaciones forman una cadena inmensa que viene de lo desconocido y va a lo desconocido, lo mismo que los hombres, hijos de sus padres y cuyos antepasados se remontan y multiplican a medida que se retrocede en el tiempo. Lo mismo. Y así como no se concibe un ser humano que no haya sido engendrado por otros seres humanos, no se concibe un hecho ni un pensamiento, ni una imagen ni una asociación de imágenes que no provengan de elementos anteriores y no tengan padre, madre, abuelos, bisabuelos... En esta malla apretada, en esta tela viva ¿dónde colocar el acto libre? ¿Cuál es el eslabón de la cadena infinita que se sostiene en el vacío sin estar unido a otro eslabón? Todo depende de todo, y el átomo y el sol se corresponden y «algo se mueve en la más lejana de las estrellas cuando un niño sueña con un ángel». El acto libre significaría un absurdo en la lógica eterna, una creación dentro de la creación. El hombre que lo ejecutara, se encontraría al cabo de un tiempo con que las consecuencias de su acto habían dado origen a un mundo y él sería una especie de Dios.

Mis alumnas se abanicaban rítmicamente.

Una preguntó con muy buen sentido:

—Si es tan absurda la idea de la libertad ¿cómo se ha mantenido, cómo ha provocado revoluciones, cómo la sostienen todavía hombres eminentes?

—Porque se ha convertido en sentimiento—repuse—, porque no es una idea, sino una creencia, una pasión, un misticismo. Y esto constituye el mejor signo de su irracionalidad. Cuando el hombre adora algo, tengan por seguro de que ese algo no es una verdad de origen filosófico, ni un descubrimiento científico indiscutible. Y miles de hombres han adorado y adoran la libertad, sea la libertad social de los revolucionarios o la libertad interna de las religiones que tienen su sistema de premios y

castigos. Además libertad equivale a ignorancia ¿y quién dijo que la ignorancia había desaparecido? Desplazada del firmamento por la astronomía, de la física y la química por la experimentación, de la sociología por la estadística, la libertad se defiende en el espíritu contra la psicología, porque el espíritu, el pensamiento, el sentimiento, cuanto forma nuestro ser íntimo, es todo lo que existe de más fino, fugaz, imperceptible y cambiante y se necesitan ojos muy agudos para ver dentro del cerebro humano. En realidad, no puede afirmarse perentoriamente que el cerebro esté determinado por leyes (por lo demás, nada puede afirmarse absolutamente, sino esto: que todo es relativo!); pero se presume, se deduce por analogía. El cerebro es como una pieza oscura llena de muebles. Creemos que la podemos cruzar en línea recta. Al hacerse la luz, distinguimos una mesa, un sofá, una silla, y tenemos que torcer en muchas vueltas. El determinismo es la ampolleta eléctrica proyectada sobre la realidad. Esto nos repugna. ¿Cómo no ha de repugnarnos estar sujetos a las leyes como una simple máquina? Pero es así. Y aún en los propios dogmas de la Iglesia, hay algunos que suponen el determinismo. Por ejemplo, la presciencia divina. Es un dogma muy lógico: Dios lo conoce todo, tiene todos los antecedentes de este problema de mecánica que es el mundo, de este teorema matemático. Nada le cuesta sacar la conclusión y saber el porvenir. La presciencia es un dogma enteramente determinista. Nosotros sólo tenemos algunos datos y por eso nuestras previsiones sólo se aproximan al resultado final; nosotros tenemos muchos datos equivocados y por eso nos llevamos tantas sorpresas. Si nos dieran los mismos datos que posee el Creador, probablemente adivinaríamos el fin del mundo. Y esto es lo que procuramos... ¡Esto! Conocerlo, saberlo, entenderlo, poseerlo todo. En el fondo de nuestras más pequeñas ambiciones palpita el deseo de imitar a Dios, de ser nosotros Dios. El hombre primitivo creía realizarlo atribuyéndose la libertad, que es un atributo divino por excelencia; el hombre moderno espera conseguirlo mediante el determinismo que lo une a Dios, que lo convierte en una partícula divina, que lo relaciona con

todas las cosas y todos los seres mediante la gran ley universal. Antes muchos dioses andaban dispersos por la faz de la tierra; ahora todos constituyen un solo Dios compuesto de lo visible y lo invisible. Y ésta es la nueva poesía, opuesta a la poesía de antaño.

Mis oyentes callaban. Algunas, las más, se habían distraído y miraban por la ventana. Pero entre las dos o tres cuyos ojos no se habían desviado, una desplegó los labios para preguntar:

—Señor ¿y la moral?

Yo había recordado la poesía, olvidándome de la pobre moral.

—¿La moral? ¿La moral determinista?

También existe; pero...será para otra clase.